

Prevención y tratamiento en el niño

• TRES POSIBLES SITUACIONES

1. Su hijo tiene **4 años y medio**. Empezó a hablar temprano y muy bien. Usted se sentía particularmente orgulloso de su precocidad. Un día, de repente, cuando tenía alrededor de los 3 años, el niño empezó a tropezar con las palabras. Al principio, usted pensó que se trataría de un problema pasajero, pero, a pesar de algunos períodos durante los cuales las dificultades parecían haber desaparecido, el niño siguió tartamudeando cada vez más. Ha recibido algunos consejos al respecto, pero resultan bastante contradictorios: no hacer caso del problema; emprender urgentemente una reeducación logopédica; consultar un psicólogo, etc. No sabe qué hacer y empieza a sentirse seriamente preocupado por el futuro del niño, sobre todo considerando que uno de sus tíos por lado paterno es tartamudo.

2. Su hijo tiene **10 años** y tartamudea de manera variable desde que tenía alrededor de 5, especialmente cuando quiere contar una historia o el argumento de una película. Cuando tenía 6 años siguió un tratamiento de reeducación, pero los resultados fueron incompletos, de tal manera que ahora consigue hablar sin tartamudear siempre y cuando no hable demasiado deprisa. Sin embargo, cuando no presta atención a controlar la velocidad del habla, reanuda los tartamudeos y usted empieza a estar harto de tener que pedirle continuamente que hable más despacio. En cuanto a reemprender la reeducación, usted sabe que al niño no le gusta la idea y, por otra parte, ve que se defiende bastante bien de las burlas de sus compañeros de clase.

3. Su hijo tiene **12 años y medio** y su tartamudez se hace cada vez más penosa. Algunas veces se bloquea al principio de una palabra y se enfada terriblemente si su interlocutor le ayuda diciéndole, cuando la intuye, la palabra que no acaba de pronunciar.

Tartamudea desde los 3 años y ha intentado ya muchos tratamientos diferentes: fármacos, reeducación, psicoterapia, con los cuales no se han obtenido más que resultados temporales. Ahora, nota que su hijo se encierra cada vez más en sí mismo y eso le inquieta. El abuelo del niño, que había tartamudeado de pequeño, dice que, con voluntad, el problema siempre se supera, pero usted ya no está tan seguro de que esto sea cierto.

• **¿CÓMO ACTUAR?**

Tal vez algún lector habrá reconocido en una de estas tres situaciones un caso similar al de su hijo. Si es así, y tras haber leído los capítulos anteriores, el lector tendrá ya, sin duda, la perspectiva necesaria para presentir que es posible superar el problema, aun cuando la tartamudez sea verdaderamente un fenómeno complicado en el que puede resultar difícil decidir cuál es el mejor camino a seguir. Sea cual sea la orientación que se dé a la tartamudez, lo más importante es establecer qué debe hacerse cuando el niño tiene dificultades. Frecuentemente, los padres adoptan sucesivamente actitudes contradictorias esperando cada vez haber dado con la idónea, que permitirá la desaparición rápida y definitiva de la tartamudez. De manera instintiva, los padres perciben que su actitud tendrá una influencia importante sobre la evolución de la tartamudez, por lo cual se muestran ansiosos por descubrir el mejor comportamiento que seguir.

La mayor parte de los especialistas se muestran igualmente convencidos de la importancia de la actitud de los padres frente a la tartamudez, pero lo más común es que se centren solamente en su actitud general con el niño, de manera que si se les pregunta qué es lo mejor que pueden hacer en el momento en que el niño tiene problemas con su habla, no obtendremos frecuentemente más que respuestas vagas o falsamente tranquilizadoras.

En lo que concierne al autor, el lector podrá constatar que en este asunto sus respuestas no serán en absoluto vagas. Creemos, en efecto, que la influencia del entorno sobre los accidentes del habla del niño resulta primordial, y lo que es más, de acuerdo con la experiencia del autor, se ha podido observar que la adopción de una actitud adecuada frente a estos accidentes puede ser suficiente, en el niño menor de 6 años, para hacer desaparecer la tartamudez en la casi totalidad de los casos, incluso cuando se presenta en

un grado importante o cuando hace ya más de un año de su presentación. Por ello creemos que merece la pena tomarse este aspecto de la terapia muy en serio.

• TRES ACTITUDES NOCIVAS¹

Describiremos primero las tres actitudes que conviene evitar en el momento de presentación de los accidentes del habla del niño. Los padres de niños tartamudos que lean este libro constatarán, tal vez, que han probado sucesivamente las tres; sin embargo, no deben culpabilizarse por ello, ya que se trata, sin duda, de actitudes naturales que se adoptan con la mejor intención del mundo. Ahora que el lector conoce mejor los mecanismos de la tartamudez, comprenderá de inmediato cuál es la razón de que se trate de actitudes nocivas. Esto le ayudará a adoptar la única actitud adecuada: la del *interlocutor activo* que describiremos más adelante.

Reproches, burlas, apelar a la voluntad del niño

La primera de las actitudes nocivas que se debe evitar es la de los reproches, a la que pueden añadirse otras actitudes similares tales como las burlas o apelar a la voluntad del niño, cuyos resultados serán igualmente perjudiciales. Esta actitud de reproche puede expresarse verbalmente: «¡Presta un poco de atención cuando hablas y deja de tartamudear de ese modo!», o bien puede manifestarse también mediante un fruncimiento del entrecejo o un suspiro de exasperación. Las burlas más o menos amables toman, a menudo, la forma de imitaciones caricaturescas. En cuanto a apelar a la voluntad del niño, darían lugar a demandas del tipo: «¡Repite eso correctamente, por favor. Cuando quieres, sabes hablar perfectamente!». Todas estas observaciones pueden hacerse con la mejor de las intenciones, en la certeza de que con voluntad —y el niño tartamudo, en general, no está falto de ella— se conseguirá siempre superar cualquier dificultad.

Si partimos de que la tartamudez se origina a partir de los esfuerzos que una persona hace (o ha hecho) por hablar mejor, podemos concebir fácilmente que una actitud semejante agravará la

¹ Véase el Documento 2 del Anexo.

tartamudez, si no superficialmente, sí en profundidad. El temor de tener que afrontar nuevos reproches hará, efectivamente, que el niño reanude e incrementa sus esfuerzos, con lo cual aumentará su tensión psicomotriz en lugar de rebajarla, como todo el mundo. Se instalará así en la primera alteración del habla descrita en el capítulo 2: *El reflejo de relajación en el momento de los tartamudeos se invierte cada vez más.*

La mayor parte de los padres abandonan espontáneamente esta actitud después de haberla practicado durante un tiempo y comprobado su ineficacia. No obstante, no siempre es así. A algunos padres les resulta, en ocasiones, tan difícil soportar la tartamudez de su hijo, especialmente si hay más tartamudos en la familia, que necesitan creer que si el niño «quisiera hacer un pequeño esfuerzo, el problema se solucionaría sin más».

Consejos

La segunda actitud nociva es la de los *consejos*, que incluiría expresiones del tipo: «Para de hablar. Habla menos deprisa. Articula. Respira. Piensa en lo que quieres decir. Para y empieza de nuevo con tranquilidad. Reflexiona y cuando tengas bien claro en la cabeza lo que quieres decir, ven y díselo a mamá. Por favor, trata de hacer un pequeño esfuerzo por hablar normalmente, estaríamos tan contentos».

Se trata de una actitud llena de buenas intenciones y perfectamente natural, ya que resulta evidente que bastaría con que el niño se relajara para acabar con la tartamudez. Sin embargo, los padres pueden pensar simplemente que basta con decir al niño que se relaje para obtener verdaderamente el resultado deseado, y olvidan que no hay nada que resulte más irritante que a uno se le interrumpa continuamente.

Se nos puede replicar a este respecto que, de hecho, podemos comprobar que con un pequeño esfuerzo de concentración el niño puede repetir su frase sin tartamudear. Esto puede ser a menudo cierto, pero no siempre. Sin embargo, lo que se ignora en este caso es que existe una diferencia importante entre el habla espontánea y un habla voluntaria, vigilada, controlada. ¡Es lo mismo que recomendar a alguien que mire y controle constantemente sus pies para caminar normalmente! Vigilar de manera permanente la propia habla resulta una empresa imposible de mantener mucho

tiempo sin infligir graves daños a la calidad de la comunicación. Debe darse siempre prioridad a la calidad de la comunicación por encima de la calidad del aspecto externo del habla, es decir, por encima de su forma auditiva.

Así pues, esta actitud de aconsejar continuamente al niño debe desestimarse completamente, ya que conduce directamente a la instauración de la segunda alteración del habla, que, como el lector recordará, consiste en la *pérdida del carácter automático y espontáneo de la misma*. Aun cuando a fuerza de voluntad podamos conseguir pronunciar frases perfectas, resulta necesario renunciar al habla voluntaria. El habla debe ser espontánea. El primer controlador —responsable de la conformidad con las normas y que se ocupa del detalle de ejecución del habla— debe permanecer en el nivel inferior, es decir, en el del subconsciente, tal como hemos explicado en los capítulos 1 y 3.

Falsa indiferencia

La tercera actitud nociva que se debe evitar es la de la *falsa indiferencia*. Aunque perjudicial, esta actitud es aconsejada frecuentemente, incluso por personas que se ocupan habitualmente del tratamiento de la tartamudez (reeducadores, psicólogos, médicos). Consiste en pedir a las personas del entorno del niño que no hagan caso de su tartamudez y actúen como si ésta no existiera: «Señora, cuando su hijo tartamudee —dirá el médico desgraciadamente mal informado—, espere pacientemente a que acabe su frase; déjele que se las arregle solo, y cuando haya acabado, continúe usted la conversación como si nada hubiera pasado. Sobre todo no hable jamás con él de su tartamudez. Evite incluso pronunciar esta palabra, ya que ello podría vejarlo y producirle un bloqueo psicológico».

La experiencia nos muestra que, por médica que sea, esta recomendación resulta absolutamente desastrosa, como puede verse de manera sencilla sólo con que reflexionemos en la situación tal como la percibirá el niño. Este niño que se bloquea en una palabra comprende (¡no es idiota!) que su madre sólo simula no notar que se ha bloqueado y que tiene que ser duro para ella permanecer de este modo sin reaccionar. Lo que le queda por hacer en estas condiciones es acabar con esta situación difícil, tanto para su mamá como para él mismo, lo más rápidamente posible, ya sea haciendo

un esfuerzo para hablar mejor o bien «calculando» una frase distinta. Sumamos así los inconvenientes de las dos actitudes nocivas precedentes: por un lado, forzamos al niño a recurrir a mayores esfuerzos, y por otro, lo orientamos hacia un habla artificial y controlada. Estos inconvenientes se agravan aún más por el hecho de que «mamá tiene mérito por adoptar esta actitud que no es fácil para ella», y que, por tanto, no se le puede reprochar.

Por otra parte, fingir que no se nota el problema no tiene nada de tranquilizador para el niño. De manera general, algo desagradable que resulta evidente pero de lo que no se habla (lo *no-dicho*) toma pronto una importancia desmesurada: «Si mamá prefiere no hacer caso de este problema que me causa tantas dificultades —piensa el niño—, es que debe de ser algo verdaderamente molesto. Es necesario, pues, que me esfuerce mucho en eliminarlo o, al menos, en ocultarlo».

• ACTITUD IDÓNEA: LA DEL INTERLOCUTOR ACTIVO

Podría parecer pretencioso afirmar que no existe más que una sola actitud correcta que adoptar en el momento en que el habla del niño se encalla. El lector podrá, no obstante, comprobar que esta actitud de interlocutor activo es la única que resulta lógica cuando se admite la nocividad de las tres posturas precedentes. Sin embargo, la prueba que resulta más convincente de su efectividad es que, cuando esta actitud es adoptada sin desfallecimiento por los padres, la tartamudez del niño desaparece, en la casi totalidad de los casos, en algunas semanas o meses. La única condición es que el niño no haya alcanzado aún los 6 años de edad, ya que posteriormente la tartamudez tiene tendencia a fijarse y se hace reversible más difícilmente.

El interlocutor activo debe ser ante todo una persona que permanezca en su papel de interlocutor, que se interese primordialmente por lo que el niño tiene que decir y que evite actuar como juez de su habla. Debe dar prioridad, en suma, a la calidad de la comunicación. Lo esencial debe ser, para él, comprender lo que se le está diciendo. La calidad «formal» del habla le interesa menos y, por esta misma razón, evita actuar también como consejero. Se abstiene, pues, de adoptar la segunda de las actitudes nocivas, ya que alguien que actúe como consejero del habla no puede ser al mismo tiempo un verdadero interlocutor. Resulta imposible ha-

blar normalmente a alguien que está examinando continuamente nuestra manera de hablar y diciéndonos cómo debemos hacerlo.

Apuntar la palabra

El interlocutor *activo* no duda en intervenir en el momento de los accidentes del habla, pero no para corregir el habla del niño, sino para dar un nuevo impulso a la comunicación y hacerla más fácil. Para ser un interlocutor activo es necesario apuntar al niño, siempre que creamos saberla, la palabra en la que se ha atascado, sin dejarse impresionar por todos los que aseguran que es mejor dejar que el niño se las arregle solo, ya que ello nos lleva a adoptar la actitud de falsa indiferencia. Le propondremos un final para su frase cuando veamos que está esforzándose por terminarla, siempre que pensemos haber comprendido bien lo que nos quiere decir.

Semejante recomendación será catalogada de escandalosa, sin duda, por muchos psicólogos, médicos e incluso logopedas. Efectivamente, resulta habitual pensar que las madres tienden a no dejar que sus hijos se desenvuelvan solos, que los protegen demasiado y que ello les impide madurar normalmente. El autor comparte este punto de vista en lo que respecta a aprender a ponerse los calcetines o a comer solo. En tales aspectos, no es perjudicial dejar que el niño haga un pequeño esfuerzo para aumentar su autonomía. Sin embargo, en lo concerniente al habla, el esfuerzo no aporta nada positivo. El habla se adquiere normalmente sin esfuerzo, en el placer de comunicarse con la madre. La única regla posible, cuando el habla no se desarrolla bien, consiste en **ayudar al niño** a fin de que deje de esforzarse. La tartamudez nace del esfuerzo: ¡no lo olvidemos!

¿Qué hacer si no sabemos cuál es la palabra que el niño quiere decir?

Ésta es una objeción frecuente a esta proposición de apuntar la palabra y, evidentemente, es normal que no sepamos siempre con antelación lo que el niño quiere decir. Si fuera de otro modo, el habla sería inútil. Cuando veamos, pues, que el niño se ha atascado en una palabra que no logramos intuir, podemos, simplemente y sin apresurarnos, expresar nuestra ignorancia: «No sé qué palabra quieres decir» o «Ésta debe de ser una palabra difícil». Se trata,

116 La tartamudez: opción curación

pues, de decir en qué punto estamos de lo que creemos que el niño quiere decir, tal y como aparece en el Documento 2, página 192. Esto no siempre funciona, pero es mejor que la falsa indiferencia.

Hacer preguntas... y proponer tranquilamente respuestas... SIN ESPERAR

Si vemos que el niño está en dificultades y no somos capaces de intuir lo que intenta comunicar, no dudaremos, si actuamos como un interlocutor activo, en interrumpirlo haciéndole preguntas acerca de lo que quiere decir... *con la condición, no obstante, de proponerle de inmediato – y esto es esencial – alguna respuesta posible*: «Espera, no acabo de entenderlo; ¿qué quieres decir?, ¿quieres decir esto?, ¿o tal vez es esto otro?». Incluso cuando no tengamos ninguna idea acerca de lo que el niño quiere hablarnos, podemos siempre ayudarlo a través de nuestras preguntas y propuestas de respuesta. «¿Necesitas decirme algo?, ¿qué quieres decirme?, ¿se trata de algo de la casa?, ¿es algo de la escuela?». En resumen, haremos como si jugaráramos a las adivinanzas. Esto proporciona al niño la certidumbre de que tenemos realmente necesidad de comprenderlo y, normalmente, es suficiente para desbloquear su habla. Resulta muy difícil hacer un discurso, pero, en cambio, es muy fácil responder a una encuesta, ser entrevistado. Con este sistema de *preguntas/proposición de respuestas* estamos permitiendo al niño que evite el discurso para pasar a la entrevista. Tan pronto como acepta este sistema, el niño siente tal alivio que lo adopta encantado y abandona la voluntad de hablar sin aceptar ayuda que caracteriza a tantas personas tartamudas, niños o adultos, y que los mantiene en su tartamudez.

No debemos colaborar con el habla tartamuda

En ocasiones, nuestra ayuda puede ser fallida y podemos sugerir una palabra que no es en modo alguno la que el niño intentaba decir. Puede ocurrir incluso que el niño se enfade y proteste diciendo que le molestamos y no le dejamos hablar. En el peor de los casos, dejará de hablar y correrá a llorar a su habitación. Estas reacciones no deben en ninguna ocasión, hacer desfallecer a los padres, ya que son perfectamente comprensibles: el niño está es-

forzándose por construir una frase y nuestra intervención le muestra que este esfuerzo es inútil, lo cual le resulta realmente frustrante y doloroso. Sin embargo, si no actuamos de este modo, estamos animándole a que continúe haciendo esfuerzos inútiles; le estamos orientando hacia un habla laboriosa, hacia el habla tartamuda, en suma, lo cual resulta inadmisibile. El deseo pernicioso del niño de rechazar la *interacción lingüística* —como dicen los especialistas—, la voluntad, frecuentemente observada, de decir por sí solo lo que quiere comunicar, negando a su interlocutor, es fácil de comprender, pero no debe ser en ningún caso respetado. Este deseo orienta la evolución de su habla hacia un modo patológico inaceptable que, más adelante, le resultará difícil de corregir. Del mismo modo que no toleramos el deseo del niño de bajar a la carretera sin prestar atención al tráfico, tampoco debemos admitir su actitud en este caso, ya que con ella no es su vida la que pone en peligro, sino que es la actividad más humana que existe, —el habla—, la que está amenazada. No podemos permitirnos tolerarla más.

Evitar no mencionar el problema

Naturalmente, no debemos dudar en hacer alusión a la tartamudez y en hablar de ella. Es absolutamente necesario evitar no mencionarla. «Vaya, creo que últimamente tartamudeas algo menos. Dime, ¿te resulta difícil el habla en este momento? Espera, te ayudaré, ¿qué quieres decir? No lo pasas muy bien con tu tartamudez, ¿verdad? También a mí me molesta. ¿Sabes por qué tartamudeas? Porque, sin quererlo, te pones nervioso cuando una palabra no te quiere salir. Sería mucho mejor que dejaras salir las palabras solas, pero has cogido la costumbre de hacer esfuerzos cada vez que te encallas y esto causa los tartamudeos. Sin hacerlo a propósito, luchas con las palabras que se atascan. Pero, no te preocupes, podemos ayudarte a arreglarlo poco a poco». He aquí toda una serie de observaciones que la experiencia demuestra que son perfectamente beneficiosas para el niño. Debemos tener bien presente la frase: «Una persona tartamudea porque ha adoptado la costumbre de ponerse nerviosa y luchar contra las palabras que no quieren salir». Esta fórmula expresa exactamente, y pone al alcance de la comprensión del niño, la noción de inversión del reflejo de relajación en el momento de las dificultades del habla, lo cual da lugar a la instauración de la primera alteración.

• CINCO MINUTOS AL DÍA DE LECTURA DE IMÁGENES¹

La eliminación de las actitudes nocivas y la adopción de la actitud de interlocutor activo constituyen, de acuerdo con el autor, la parte más esencial del tratamiento del niño tartamudo menor de 6 años. Existe un elemento complementario que da a los padres la posibilidad de ejercer una acción aún más positiva sobre la rehabilitación del habla de su hijo. Se trata de la práctica denominada *lectura de imágenes*, cuyo modo de puesta en práctica (resumido en el Documento 3 del Anexo, pág. 193) es el siguiente:

Cada día la madre (o el padre) propondrá al niño: «Ven, vamos a leer un cuento». Si el niño se niega, lo pospondremos hasta el día siguiente. No le obligaremos, pero no lo dejaremos para cuando él quiera. Se trata de que escoja entre ahora o mañana. En estas condiciones, incluso si, desconfiado, empieza por rechazar la propuesta, el niño acaba siempre por avenirse a ello.

El niño escogerá un libro entre cuatro o cinco que le propondremos. Hemos de seleccionar libros ampliamente ilustrados con imágenes ricas y vivas que cuenten una historia interesante. La madre aceptará la elección del niño, incluso si se trata siempre del mismo libro, no sin señalarle eventualmente que ha cogido de nuevo el mismo que en ocasiones anteriores. «¿Éste otra vez?... ¡De acuerdo!» La madre narra ahora lo que ocurre en las imágenes, utilizando un tono de voz melodioso y alegre, sin caer, sin embargo, en la sobrecarga expresiva o en el afán de maravillarse. No hay ninguna razón para actuar como si todo fuera maravilloso en las ilustraciones que estamos mostrando, bajo pretexto de forzar el interés del niño, ya que este procedimiento no funciona por mucho tiempo. Se trata, simplemente, de guiar al niño en la comprensión de la historia.

¿Disminuir la velocidad del habla?

La madre adoptará, para la lectura de las imágenes, un ritmo de habla más lento, que se ajuste no tanto a las posibilidades de comprensión del niño, como a sus posibilidades de realización. El habla de la madre debe poder servir de modelo para el habla del niño.

¹ Véase el Documento 3 del Anexo.

Se aconseja frecuentemente a los padres de niños tartamudos o que presentan un retraso en el habla, que deben esforzarse por hablar más lentamente. Esto resulta difícil de poner en práctica para el conjunto global del habla con el niño, y en particular por lo que respecta al habla utilitaria («Quítate los zapatos y ve a buscar tus zapatillas»), sin perturbar gravemente la naturalidad de la comunicación. Sin embargo, este enlentecimiento del habla resulta indicado cuando se trata de llevar a cabo un intercambio íntimo con el niño, en cuyo caso es perfectamente natural. Cuando un niño tiene ocho años, vemos que adopta automáticamente un ritmo más lento de palabra cuando se dirige «amablemente» a su hermano o hermana de 2 años y medio o 3 años de edad. La lectura de imágenes es la mejor ocasión posible para iniciarse en esta habla más lenta, que es la más conveniente para el intercambio íntimo.

Lectura comentada

En el caso de que la lectura de imágenes resulte dificultosa para los padres, éstos pueden hacer más sencillo el proceso practicando la *lectura comentada*, que consiste en leer el texto palabra por palabra, explicando luego, en lenguaje oral y familiar, lo que han leído previamente y añadiendo sus propios comentarios.

Crear una atmósfera lúdica y distendida

Sea cual sea el método empleado, debemos procurar adoptar la regla de la redundancia, según la cual repetiremos las mismas cosas, pero de una manera diferente, prestando atención a la comprensión del niño. El niño no está obligado a nada. Se trata sólo de captar su interés y de pasear con él a través de la historia. Naturalmente, podrá hablar si lo desea, pero no debe, en modo alguno, sentirse obligado a ello. Debemos, incluso, evitar que adopte la dirección de la actividad. Hemos de ser nosotros quienes conduzcamos el juego; de lo contrario, nos arriesgamos a que el niño se instale en una situación de demostración de habla que estaría aquí completamente fuera de lugar. La lectura de imágenes no consiste en una actividad pedagógica en la que se exigen al niño ejercicios de habla, sino que consiste tan sólo en un simple paseo. Lo cual, de hecho, resulta aquí mucho más eficaz.

Por supuesto, en el momento en que el niño hable, debemos

respetar las mismas reglas del interlocutor activo que hemos señalado anteriormente. No dudaremos, cuando se encalle, en proponer, sin prisas pero sin demora, una palabra para concluir su frase, así como en decirle qué hemos entendido de lo que nos está intentando comunicar. Recordemos que tenemos que hacer preguntas, pero proponiendo respuestas posibles de inmediato. No daremos mayor importancia a los errores del lenguaje, a las frases imperfectas ni a las expresiones inadecuadas, pero repetiremos luego la frase correctamente, como para demostrar que la hemos comprendido perfectamente, si bien ¡sin pedir nunca que el niño la repita! Ha de quedarnos muy clara la idea de que toda demanda de esfuerzo del habla comporta un riesgo importante de agravamiento de la tartamudez.

• GUÍA PARENTAL

Estas prácticas de lectura de imágenes o de lectura comentada, lo mismo que la eliminación de las actitudes nocivas, pueden no resultar tan sencillas de aplicar, de manera que a menudo los padres han de recibir el soporte de un terapeuta, logopeda, foniatra o psicólogo, habituados a ocuparse de casos de tartamudez. Estas entrevistas de guía parental pueden ser necesarias en un número que oscilará entre una sola sesión —suficiente en ocasiones— hasta un número de diez; raramente más. En estas sesiones se informa, se discute, se rectifica y, de este modo, se consigue disipar, de una manera más o menos rápida, la inquietud, tan nociva por otra parte, de hacer las cosas mal. Resultan asimismo de utilidad para que los padres tomen conciencia de ciertas anomalías que pueden pesar de manera penosa en la vida del niño: exigencias educativas excesivas, presión temporal elevada, problema familiar o escolar, cuya importancia es a menudo primordial ya que actúan como factores predisponentes.

En el procedimiento habitual que practica personalmente el autor, el niño se halla presente durante las sesiones, ocupado con un libro de ilustraciones o con una caja de juguetes. Sin embargo, sus oídos no están en modo alguno ociosos, e incluso, si tiene menos de 3 años, ello le permite comprender muchas cosas y, en particular, darse cuenta de que no se enfrenta solo a su problema. No se le pide nada, pero se habla de su dificultad en su presencia, lo cual es verdaderamente importante. Eventualmente, hablaremos con

él, pero, sobre todo, sin presionarlo. ¡Él también tiene derecho al silencio!

• CUANDO EL NIÑO TIENE MÁS DE 6 AÑOS

Cuando el niño tiene más de 6 años, el abandono de las tres actitudes nocivas y la adopción de la actitud de interlocutor activo siguen siendo estrategias perfectamente válidas, pero, tal como ya hemos comentado con anterioridad, no resultan siempre suficientes para hacer desaparecer la tartamudez. Efectivamente, después de los 6 años, los mecanismos del habla se fijan, con lo que la inversión del reflejo de relajación y la pérdida del carácter espontáneo del habla no pueden ya repararse tan fácilmente sólo con la modificación de la actitud del entorno del niño. En cuanto a la lectura de imágenes, está ya fuera de toda cuestión. Podrá considerarse entonces una reeducación logopédica, pero, será necesario, en primer lugar, asegurarse de que el niño esté realmente motivado para emprenderla. Algunos niños tartamudos viven relativamente bien con su tartamudez, que no les impide ser brillantes en clase, tener muchos amigos y, en suma, encontrarse bastante cómodos en su propia piel. Naturalmente, son conscientes de que su tartamudez es algo muy molesto, pero están seguros de que el problema se arreglará por sí solo cuando crezcan. En ocasiones, estos niños necesitan que no nos ocupemos más de su tartamudez y que les dejemos tranquilos con ella. Dan la impresión de no querer tratar en absoluto esta cuestión y muestran una actitud de rechazo categórico. En estos casos, ni la reeducación ni cualquier otro tipo de tratamiento tienen casi ninguna posibilidad de éxito. Lo único que puede hacerse es consultar de vez en cuando con el foniatra o el logopeda para evaluar la situación y tratar que tanto el niño como sus padres sufran lo menos posible afrontándola.

Reeducación

En otros casos, sin embargo, el niño sufre con su tartamudez y, al hacer esfuerzos por reprimirla, lo único que consigue es agravarla. Es entonces cuando la intervención resulta de utilidad. La motivación sigue siendo necesaria, pero si se orienta de la manera adecuada y se muestra al niño cómo podemos ayudarle, acabará

122 La tartamudez: opción curación

por ser suficiente para que podamos emprender la reeducación con ciertas garantías de éxito.

La logopedia clásica utiliza aún frecuentemente las técnicas de regulación rítmica del habla por medio de un gesto de la mano o de un dedo trazando una línea sinusoide o un círculo. El niño debe emitir las sílabas respetando el ritmo marcado por la mano o el dedo. Estas técnicas permiten obtener resultados inmediatos que pueden ser incluso espectaculares, pero, personalmente, el autor tiende a desaconsejarlas formalmente, ya que tienen el grave inconveniente de orientar el habla del niño hacia una regularidad artificial. El habla regular es un habla muerta. El único ritmo conveniente para el habla es el de las emociones experimentadas por el sujeto, o bien el de las representaciones mentales correspondientes al tema del que está hablando. El tener que ocuparse del ritmo de las palabras aparta la mente del niño de sus propias emociones y de sus representaciones mentales, y le hace perder, además, el contacto con el interlocutor. Estas técnicas conducen, en definitiva, a la pérdida del carácter espontáneo del habla, es decir, al agravamiento de la segunda alteración de la misma. El autor ha tenido ocasión de atender a numerosos adultos tartamudos que habían sido tratados en su infancia con este método, y puede asegurar que es una dura labor la que debe emprenderse entonces para permitirles recuperar un habla espontánea y viva.

Relajación

En su práctica personal, cuando el niño ha alcanzado los 6 años de edad, y con la condición de que esté más o menos motivado, el autor empieza, la mayor parte de las veces, con técnicas de relajación o, más exactamente, con técnicas para enseñar al niño cómo controlar su tensión psicomotriz, su respiración y su soplo fonatorio. Este entrenamiento no tiene, naturalmente, por objetivo el establecimiento de un manejo y control totales en el momento del uso del habla, sino lograr que el niño adquiriera una mayor habilidad en el uso *espontáneo* de su habla. Se trata del principio que desarrollaremos en el próximo capítulo, cuando abordemos el tratamiento en el adulto consistente en la separación del entrenamiento y del uso del habla. La atención dirigida a los mecanismos del habla en el momento de su utilización desnaturaliza el habla por el solo hecho de la diferencia de escala (de 1 a 30) entre el movi-

miento natural y el movimiento voluntario. Un entrenamiento bien entendido permite escapar a esta desnaturalización.

Las técnicas empleadas para adquirir esta habilidad y este control son las mismas, si bien ligeramente simplificadas, que las que se aplican en el adulto y de las cuales se muestran algunos ejemplos en el capítulo siguiente. Para la relajación, no obstante, el autor utiliza sobre todo el ejercicio de la «muñeca de trapo», si bien se trata de una técnica limitada a niños menores de 10 años. En este ejercicio, se pide al niño que se tienda boca arriba, con los ojos cerrados (en principio), y se le indica que permanezca completamente pasivo y distendido. El reeducador mueve entonces, uno a uno, los miembros del niño de una manera suave y discontinua. El ejercicio debe conservar un carácter lúdico. Mientras manipula el brazo o la pierna del niño, el reeducador expresará, como hablando consigo mismo, lo que va constatando: «Vaya, casi podría decirse que esta pierna de trapo se mueve sola».

Si se trata de un niño mayor de 8 años, se pasa luego progresivamente a la relajación con los ojos abiertos (véase el capítulo siguiente), con la respiración en forma de suspiros entrecortados con pausas y maniobras de crispación/relajación, miembro por miembro, del mismo modo que se hace en el adulto.

Control de la respiración

Para practicar el control de la respiración, el autor utiliza un ejercicio denominado «la bomba de petróleo». En este ejercicio, el niño, tumbado boca arriba, debe respirar en 4 tiempos. Durante el primer tiempo, levanta los brazos, de manera rápida y ligera (al menos al principio), hasta dejarlos en posición perpendicular con respecto al techo, inspirando al mismo tiempo, como si los brazos fueran las palancas de una bomba. En el segundo tiempo (pasivo), debe contener el aliento durante algunos segundos (sin bloquear la glotis) manteniendo *sin esfuerzo* los brazos levantados. En el tercer tiempo, baja tranquilamente los brazos mientras espira simultáneamente. Por último, en el cuarto tiempo, permanece algunos segundos sin respirar, relajado y con los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo. Poco a poco debe llegar a familiarizarse con cada uno de estos cuatro tiempos. Para ello, el niño jugará con la duración de cada uno de ellos, haciéndolos oscilar libremente entre los 2 y los 8 o 10 segundos. Debe aprender a percibir la canti-

124 La tartamudez: opción curación

dad de energía que emplea en cada movimiento y reducirla al máximo, de modo que la coordinación entre el movimiento y la respiración se irá haciendo cada vez más precisa. El reeducador estará allí para guiarlo y apoyarlo; así como para detenerlo después de algunos ciclos respiratorios y permitirle así descansar de sus esfuerzos inútiles y tomar conciencia de su actuación antes de repetir aún el ejercicio, dos o tres veces más, de manera cada vez más armoniosa y ligera. A decir verdad, este ejercicio interviene tanto sobre la relajación como sobre la respiración.

A continuación, con el niño sentado o de pie, el autor utiliza, entre otros y del mismo modo que en el adulto, el ejercicio del *Soplo del Sagitario*, seguido de ejercicios vocales de numeración o de texto cantado *recto tono*. Estos ejercicios están descritos en el capítulo siguiente (v. págs. 130 y sig.)

Lectura guiada y comentada

A partir del momento en que el niño empieza a saber leer correctamente, podemos practicar con él la lectura *guiada* 1/ *comentada*, que resulta también de gran utilidad con los niños disléxicos. El reeducador se sienta junto al niño con el texto y pone, durante un breve instante, un dedo sobre la primera palabra del mismo. Después, tranquilamente y mientras inspira un poco de aire, no por la nariz, sino por la boca, dibuja con el dedo un pequeño bucle en el aire, en sentido inverso a las agujas del reloj, para depositarlo luego de nuevo sobre la misma palabra, al tiempo que empieza a leer, en voz alta y siguiendo el texto con el dedo, el primer segmento de frase con significado.

Un segmento de frase que tiene sentido por sí mismo, segmento que será además variable según la interpretación que se dé a la frase, se denomina **enunciado**. Esta palabra designa lo que se desprende de cada uno de estos segmentos, llamados también **unidades de pulsión de significado**, término más largo pero, ciertamente, más exacto. Efectivamente, el habla no fluye pasivamente, de una manera continua, sino que funciona siguiendo una serie de pulsiones o impulsos sucesivos.

Se pide al niño que lea en voz alta junto con el reeducador, tratando de empezar y parar exactamente al mismo tiempo que él. La utilización del dedo para seguir la lectura (algo frecuentemente

prohibido en la escuela) le facilita ciertamente el ejercicio. El niño debe también, por supuesto, hacer una inspiración (moderada) mientras el reeducador traza el bucle en el aire con el dedo al principio de cada enunciado. Esta inspiración debe hacerse obligatoriamente por la boca y mientras ésta se coloca ya en posición para articular la primera vocal de la palabra —incluso cuando la palabra empiece con consonante—. El niño debe respetar en suma el principio de *precesión articuladora de las vocales*, que expondremos con más detalle cuando hablemos del adulto. No dudaremos en interrumpir de vez en cuando la lectura para practicar los impulsos respiratorios delante de un espejo —con movimientos más lentos para poder analizarlos correctamente— o bien para volver a los ejercicios de control de la respiración.

Después de leer conjuntamente un cierto número de unidades de pulsión de significado, el niño y el reeducador hablarán de lo que acaban de leer, harán comentarios al respecto, se plantearán preguntas acerca de la posible continuación del texto, etc. Este período de «conversación amigable» resulta fundamental, y omitirlo sería realmente perjudicial para la evolución positiva del caso. Su objeto es hacer más viva la historia en el espíritu del niño, instalando así imágenes o, más exactamente, representaciones mentales estables, condición indispensable para la fijación sólida del habla, ya que coloca al niño en una situación de intercambio tranquilizador.

Naturalmente, el reeducador practica también en esta ocasión la actitud de interlocutor activo, y si los padres —ambos o uno de los dos— están presentes durante la sesión, su ejemplo resulta para ellos extraordinariamente instructivo, ya que se les está recordando así la necesidad de adoptar esta actitud. En efecto, la eficacia de la reeducación puede quedar comprometida si los padres continúan practicando en casa cualquiera de las tres actitudes nocivas: reproches, consejos o falsa indiferencia. En este punto, el trabajo de guía parental sigue siendo fundamental.

En un principio, indudablemente, el niño tartamudeará mucho y tendrá problemas para empezar la frase justo en el momento oportuno, ni demasiado pronto, ni demasiado tarde, y para pararse justo al final de los enunciados, esperando a que el dedo dé la señal de reanudación. La habilidad del reeducador está en adaptar su ritmo a las dificultades del niño. Poco a poco, se consigue que el niño se relaje y empiece entonces a pasear agradablemente por la historia que está leyendo.

126 La tartamudez: opción curación

El autor ha intentado muchas veces iniciar a los padres en la práctica de este ejercicio, pero no ha conseguido nunca que se aplicara correctamente, ya que para obtener buenos resultados es necesario distanciarse de la tartamudez y no ponerse nervioso. Naturalmente, esto resulta mucho más fácil para el reeducador que para los padres y, por otra parte, también para el niño es más sencillo trabajar con aquél que con su padre o su madre.

Esta práctica puede aplicarse hasta la edad de 12 años y, si bien requiere una cierta habilidad, resulta de una eficacia notable. A partir de los 10 años, es posible utilizar además un ejercicio de dibujo dictado e incluso la técnica de elaboración de imagen que describiremos en el capítulo siguiente (v. págs. 158 y 159).

El acceso de fiebre que anuncia la curación

Para terminar este capítulo, hemos de señalar finalmente que el inicio del tratamiento en el niño, tal como lo concibe el autor, va acompañado muchas veces de un empeoramiento de la tartamudez, lo cual puede ser interpretado de manera negativa contra el reeducador: «Desde que usted lo trata, el niño tartamudea cada vez más». Si no hemos prevenido a los padres de que esto iba a pasar, resultará difícil responder a estas críticas alegando que se trata de un buen signo de curación, sin arriesgarnos a parecernos a los médicos de Moliere. Sin embargo, si examinamos estos casos, vemos que es cierto que el niño tartamudea más que antes, pero que, al mismo tiempo, aparece mucho más cómodo y relajado cuando habla. Esto significa que lucha menos contra su tartamudez, lo cual le lleva por el buen camino.